

Carta circular a la Familia Carmelita.
Con motivo de la beatificación del Venerable Fulton J. Sheen.

«Quiero aferrarme al Carmelo, porque amo su amor por Jesús».

Queridos hermanos y hermanas del Carmelo:

El 24 de septiembre de 2026, la Iglesia se regocija por la beatificación del venerable arzobispo Fulton J. Sheen, en San Luis, Misuri. Para la Familia Carmelita, este es un motivo de especial alegría. Fulton Sheen no fue simplemente un admirador del Carmelo ni un predicador que encontrara inspiración en nuestros santos. Fue miembro profeso de la Tercera Orden del Carmelo. El 17 de julio de 1948, en la capilla de Whitefriars Hall, en Washington, D.C., hizo su profesión, que fue recibida por el Prior General de la Orden, el P. Kilian Lynch, O. Carm.

Al celebrar su beatificación, me gustaría invitar a toda la Familia Carmelita — frailes y monjas, hermanas, miembros del Carmelo Laico (Tercera Orden), personas asociadas a nuestras comunidades y todos aquellos que encuentran un hogar espiritual en nuestras iglesias, santuarios, colegios y centros— a dar gracias por esta extraordinaria vida cristiana y a reconocer en ella algo del don del propio Carmelo.

Una vida extraordinaria

Fulton John Sheen nació el 8 de mayo de 1895 en El Paso, Illinois, en el seno de una familia de ascendencia irlandesa. Ordenado el 20 de septiembre de 1919, más tarde serviría a la Iglesia como obispo y arzobispo, al tiempo que se convertiría en uno de los maestros y comunicadores católicos más reconocidos del siglo XX.

Continuó sus estudios, primero en la Universidad Católica de América y después en Europa, sobre todo en la Universidad de Lovaina (Bélgica), donde completó un doctorado en filosofía y, en 1925, obtuvo el prestigioso título *de Agrégé en Philosophie* con la máxima distinción. También impartió clases de teología en el Saint Edmund's College, en Ware (Inglaterra), y adquirió una experiencia formativa en el ámbito pastoral y de la predicación en Londres, en la iglesia de San Patricio, en el Soho, y en la catedral de Westminster. Tras ampliar sus estudios en la Sorbona de París y en el Angelicum de Roma, regresó a Estados Unidos y, en 1926, se incorporó al cuerpo docente de la Universidad Católica de América.

El aula no era más que uno de los lugares en los que se ponía de manifiesto su extraordinario don para la comunicación. A partir de 1930, su voz se hizo familiar

para millones de personas a través del programa de radio **The Catholic Hour**. En 1950 fue nombrado director nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe; en 1951 fue consagrado obispo y su programa de televisión **Life is Worth Living** pronto lo llevó a millones de hogares cada semana. En 1966 fue nombrado obispo de Rochester, cargo del que dimitió en 1969, tras lo cual continuó escribiendo, predicando y enseñando hasta su muerte, el 9 de diciembre de 1979.

La magnitud de su éxito público puede, en ocasiones, ocultar la amplitud de su formación intelectual. Sheen formó parte de esa extraordinaria renovación intelectual y literaria católica que marcó el mundo anglófono durante la primera mitad del siglo XX. Se trataba del mundo de G. K. Chesterton y Hilaire Belloc, Ronald Knox y, más tarde, Evelyn Waugh, Graham Greene y otros que llevaron una imaginación católica segura de sí misma al diálogo con la cultura moderna. En Estados Unidos, esa renovación más amplia encontraría sus propias voces distintivas en figuras como Dorothy Day, Thomas Merton y Flannery O'Connor.

Sheen era más filósofo y teólogo que novelista, pero habitaba ese mismo mundo de seguridad intelectual y compromiso imaginativo. Leía mucho sobre filosofía, literatura, historia, psicología y ciencias, y tenía un don especial para unir el pensamiento serio con una expresión memorable.

Ningún escritor influyó en su estilo más profundamente que G. K. Chesterton. La relación comenzó muy pronto. El primer libro de Sheen, **God and Intelligence in Modern Philosophy** (*Dios e inteligencia en la filosofía moderna*), publicado en 1925 a partir de un trabajo surgido de sus estudios de doctorado, contaba con una introducción de Chesterton. El joven filósofo estadounidense simplemente se había puesto en contacto con uno de los escritores católicos más célebres del mundo anglófono y le había pedido que la escribiera. Chesterton accedió.

La conexión fue significativa. Sheen aprendió mucho del gusto de Chesterton por la paradoja, de su capacidad para hacer que lo familiar pareciera nuevo y de su convicción de que el cristianismo amplía, en lugar de mermar, la razón y la imaginación humanas. Sheen llevaría esas cualidades a una nueva era de la comunicación. Las aulas, la página impresa, la radio y la televisión se convirtieron en espacios donde la fe podía encontrarse con la experiencia humana contemporánea.

Sheen fue un escritor extraordinariamente prolífico, autor de sesenta y cuatro libros y sesenta y cinco folletos, además de columnas periódicas en la prensa.

Un carmelita

Sin embargo, detrás de la figura pública se escondía otro Sheen.

Su profesión en Whitefriars Hall, el 17 de julio de 1948, no fue un gesto aislado. Para entonces, hacía tiempo que se sentía atraído por la espiritualidad carmelita. Conocía los escritos de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, y desarrolló un amor especialmente profundo y duradero por Santa Teresa de Lisieux.

Ya en la década de 1920 había entablado amistad con las monjas carmelitas de New Albany, en Indiana. En su correspondencia con ellas descubrimos hasta qué punto valoraba el apostolado oculto de la oración. En una época en la que su propio ministerio público se hacía cada vez más visible, comprendía que la fecundidad más profunda de la Iglesia a menudo permanece oculta.

Una frase que escribió a las hermanas parece casi explicar su profesión en el Carmelo:

*«Quiero aferrarme al Carmelo porque amo su amor por Jesús. Me niego a renunciar a él y, como el ciego de Jericó (Mc 10, 46-52), seguiré gritándote sin cesar para que cures mi ceguera y mis males».*¹

Es una descripción maravillosamente sencilla del Carmelo.

En el corazón de nuestra tradición no se encuentra, en primer lugar, un método de oración, un ministerio concreto o incluso la gran historia que hemos heredado. Se trata de una Persona. El Carmelo existe para vivir en fidelidad a Jesucristo, para buscar su rostro, para permanecer en su presencia y, transformados por ese encuentro, servir a su pueblo.

Esto también constituía el núcleo de la espiritualidad de Sheen. La fuente de su extraordinaria actividad era una vida de oración, centrada especialmente en la Eucaristía. A lo largo de su vida adulta se mantuvo fiel a su Hora Santa diaria. Antes de las palabras, había silencio; antes de la comunicación, la comunión; antes del apostolado, el encuentro con Cristo.

Hay algo profundamente carmelita en ese ritmo.

«Solo se puede amar a una persona»

¹ <https://ocarm.org/en/item/6844-fulton-j-sheen-new-blessed-with-carmelite-ties>

Quizá sea Santa Teresa de Lisieux quien nos permita ver con mayor claridad el encuentro entre la espiritualidad propia de Sheen y la del Carmelo.

Él reconoció que su «Caminito» no era un programa de superación espiritual. Era una forma de apartar la mirada de nosotros mismos para dirigirla hacia Cristo. Como decía a sus oyentes al hablar de Teresa:

*«Nunca te puedes enamorar de una abstracción. Solo se puede amar a una persona».*²

Para Sheen, este fue el gran descubrimiento de Teresa de Lisieux. La santidad no comienza preocupándonos por nuestra propia perfección, sino enamorándonos de Jesucristo. A partir de esa relación, todo lo demás va ocupando poco a poco el lugar que le corresponde.

Aquí hay un mensaje importante para nuestra propia vida carmelita. Incluso la práctica religiosa puede volverse egocéntrica: nuestros éxitos y fracasos, nuestros planes, estructuras y preocupaciones. Teresa reorienta continuamente nuestra mirada. Sheen la entendió bien. Empieza por Cristo. Míralo. Ámalo. Deja que Él te transforme.

Y entonces ocurre algo más.

El amor se convierte en misión.

A Sheen le fascinaba que Teresa, encerrada en un monasterio carmelita y sin haber viajado nunca a las misiones, pudiera haberse convertido en la Patrona de las Misiones. Su explicación iba directamente al corazón de su vocación: amaba tanto a Cristo que quería que se le conociera en todas partes. *«El amor nos convierte en misioneros. Cuando dejamos de amar, dejamos de ser misioneros»*, concluyó Sheen.³

Allí, Sheen encontró en Teresa algo que también explicaba su propia vida.

Sus años en la Sociedad para la Propagación de la Fe le llevaron por todo el mundo y le pusieron en estrecho contacto con la vida misionera de la Iglesia. Predicó y viajó por Europa, África, Asia, Oceanía y América Latina, desde el Reino Unido e Irlanda hasta Kenia, Uganda y Sudáfrica; desde China, Japón, Corea y Vietnam hasta Australia y Nueva Zelanda; y desde Argentina hasta

² Fulton J. Sheen, **Santa Teresa del arzobispo Fulton Sheen: una historia de amor entrañable** (Irving, TX: Basilica Press, 2007)

³ Fulton J. Sheen, **Santa Teresa del arzobispo Fulton Sheen: una historia de amor entrañable** (Irving, TX: Basilica Press, 2007)

Brasil. Recaudó enormes sumas para las misiones, pero la recaudación de fondos nunca fue el sentido más profundo de esa labor. La misión significaba dar a conocer a Cristo.

La contemplación y la misión no eran, por tanto, opuestas para él. Formaban un todo.

Esa visión sigue siendo muy valiosa para el Carmelo. El corazón contemplativo no está encerrado en sí mismo. Cuanto más profundo es el encuentro con Cristo, más se abre el corazón.

Una amistad que se profundizó en el Carmelo

La relación de Sheen con el Carmelo encontró una expresión especialmente cálida en Irlanda, la tierra de sus antepasados, y, sobre todo, en la iglesia carmelita de Whitefriar Street, en Dublín. Acudió allí en cuatro ocasiones durante la última década de su vida.

En julio de 1969, predicó durante la novena de Nuestra Señora del Monte Carmelo. En agosto de 1971, regresó con motivo de la celebración por parte de los carmelitas de Irlanda del séptimo centenario de su llegada al país. En octubre de 1973, volvió con motivo del centenario del nacimiento de Santa Teresa de Lisieux. Por último, durante la Semana Santa de 1975, regresó una vez más, predicando de manera especial el Viernes Santo, el 28 de marzo.

La visita de 1973 merece ser recordada de manera especial. En Whitefriar Street impartió una serie de once conferencias sobre Santa Teresa de Lisieux, con motivo del centenario de su nacimiento. Esas charlas se publicaron posteriormente en el libro *del arzobispo Fulton Sheen* titulado **St. Thérèse: A Treasured Love Story** (Irving, TX: Basilica Press, 2007).

Siguen siendo algunas de las expresiones más cálidas y accesibles de su espiritualidad carmelita. La imagen de Teresa que presenta Sheen no es sentimental. Es valiente, intensamente viva, misionera y está apasionadamente enamorada de Cristo. Su «Caminito» se abre a algo inmenso: la transformación de la vida cotidiana a través del amor.

El hecho de que estas conferencias se impartieran en una iglesia carmelita de Dublín resulta especialmente apropiado. Sheen, como miembro profeso de la familia carmelita, ante los carmelitas, hablaba de una de las grandes santas del Carmelo.

María y la Eucaristía

Hay otros dos aspectos de la vida de Sheen que los carmelitas reconocerán de inmediato: su amor por María y su amor por la Eucaristía.

Su madre lo consagró a la Santísima Virgen en su bautismo y Sheen renovó esa consagración en su Primera Comunión. La devoción mariana fue una constante a lo largo de su vida. Rezaba el rosario, escribía y predicaba con frecuencia sobre María y eligió como lema episcopal unas palabras tomadas del antiguo himno *Stabat Mater*: «*Da per Matrem me venire*» («Concédeme llegar a Ti a través de la Madre»).

Su amor a María siempre estuvo centrado en Cristo. Ese es también el instinto mariano del Carmelo. María desvía la atención de sí misma hacia su Hijo. Nos enseña a escuchar la Palabra, a meditarla, a hacer espacio para Dios y a responderle.

La Eucaristía ocupaba, asimismo, un lugar central en la vida de Sheen. Su Hora Santa diaria fue el hilo conductor oculto que atravesó décadas de docencia, viajes, escritura y comunicación pública. Nos recuerda una verdad que el Carmelo nunca debe olvidar: la fecundidad de nuestras vidas no depende, en última instancia, de cuánto logremos, sino de la profundidad de nuestra comunión con Dios.

Sheen también sentía una verdadera afinidad con el Oriente cristiano. Como sacerdote, formó parte del clero que participó en la Divina Liturgia bizantina, celebrada por el beato Nicolás Charnetsky durante el Congreso Eucarístico de 1932 en Dublín, Irlanda. Más tarde, en 1955, celebró la Divina Liturgia pontificia en inglés durante la peregrinación al Monte Santa Macrina, en Uniontown, siguiendo la tradición católica bizantina rutenia.

La vida merece la pena

El título del programa de televisión más famoso de Sheen, **La vida merece la pena**, podría servir casi como resumen de su mensaje.

Para Sheen, la vida merece la pena porque proviene de Dios y tiende a Dios. La persona humana no puede entenderse, en última instancia, en términos de utilidad, productividad, placer o función social. Estamos hechos para algo más.

Esa convicción permitió a Sheen dirigirse más allá de los límites de la comunidad católica. Judíos y protestantes, creyentes y no creyentes le escuchaban. Era capaz

de partir de algo universal —el deseo de felicidad, la experiencia de la soledad, el amor, el sufrimiento, el miedo, la culpa o la esperanza— y conducir al oyente hacia cuestiones más profundas.

Era capaz de hacerlo porque se tomaba en serio tanto la fe como a la persona humana.

Su formación intelectual le permitía abordar la filosofía, la psicología, la sociología, la literatura y la ciencia sin permitir que ninguna de ellas redujera el misterio de la persona humana. Su don consistía en pasar de lo familiar a lo desconocido, de la vida cotidiana hacia lo eterno.

Esto sigue siendo un reto y un estímulo para la Familia Carmelita hoy en día. Vivimos en medio de formas de comunicación que Sheen difícilmente habría podido imaginar. Sin embargo, la pregunta es esencialmente la misma: ¿cómo se puede anunciar el Evangelio de tal manera que las personas de nuestro tiempo reconozcan que concierne a sus vidas?

El Carmelo tiene algo distintivo que aportar. En una cultura de extraordinario ruido, distracción y rapidez, somos portadores de una tradición de silencio, escucha e interioridad. Pero la contemplación nunca es una huida del mundo. Nos permite ver el mundo más profundamente y amarlo más verdaderamente.

El propio Sheen encarnaba en cierta medida esta paradoja: intensamente contemplativo y extraordinariamente comunicativo; arraigado en la tradición y atento a las posibilidades del presente.

En este sentido, Sheen fue un pionero de lo que la Iglesia llamaría más tarde la *Nueva Evangelización*: presentar el Evangelio perenne con un ardor renovado, una expresión renovada y un uso imaginativo de los medios de comunicación disponibles en su época. Sin embargo, para Sheen el punto de partida nunca fue la técnica, sino un encuentro personal con Jesucristo, del que brotaba naturalmente el deseo de darlo a conocer.

Un lugar en la familia del Carmelo

Queridos hermanos y hermanas, la beatificación no consiste simplemente en honrar a alguien que vivió en el pasado. La Iglesia nos presenta una vida para que el Evangelio pueda ser reconocido de nuevo en el presente.

Fulton Sheen vivió una época de inmensos cambios sociales, políticos y tecnológicos. Fue testigo de la aparición de nuevas formas de comunicación, del

avance de la secularización, de la lucha entre las grandes ideologías políticas y de profundas cuestiones sobre la libertad y la dignidad humanas.

Se enfrentó a ese mundo no alejándose de él, sino aportándole lo que, primero, había recibido en la oración. Rezaba con profundidad. Reflexionaba con seriedad. Se comunicaba con imaginación. Amaba a la Iglesia. Amaba a María. Amaba la Eucaristía. Amaba las misiones. Y, en el centro de todo, amaba a Jesucristo.

Por eso el Carmelo le atraía. Y quizá por eso, con motivo de su beatificación, sus propias palabras pueden resonar con especial fuerza en nosotros: «*Quiero aferrarme al Carmelo porque amo su amor a Jesús*». Que eso sea cierto también para nosotros.

Que nuestras comunidades y hogares religiosos, nuestras iglesias, escuelas, santuarios y centros sean lugares donde se conozca y se ame a Jesucristo. Que nuestra oración nos haga más atentos a las necesidades del mundo. Que la contemplación profundice, en lugar de disminuir, nuestro deseo misionero. Que María nos enseñe a escuchar, a meditar y a responder. Y, junto a Santa Teresa de Lisieux y al Beato Fulton Sheen, que podamos redescubrir que, cuando se ama verdaderamente a Cristo, el corazón no puede guardárselo para sí mismo.

Con afecto fraterno y en alegre acción de gracias,

P. Desiderio García Martínez, O. Carm.
Prior General

Roma, 24 de septiembre de 2026